



SANTA MARÍA MADRE DE DIOS (1 de enero)

“María, por su parte, guardaba todas estas cosas y las meditaba en su corazón”

Luis Fernando Crespo

No dejen de leer los Textos Bíblicos antes del Comentario

Lecturas: Números 6,22-27; Gálatas 4,4-7; Lucas 2,16-21

Cuando los cristianos celebramos el día primero del año festejamos con una buena parte de la humanidad la llegada de un nuevo año, que recibimos con la expectativa de que resulte mejor que el año que despedimos. Es una buena ocasión para revisar el año que se acaba, dar gracias por la vida y alzar la mirada para proyectar con esperanza y con realismo algo mejor para el año que comienza. La lectura del libro de los Números nos ofrece un modelo de bendición sobre el pueblo, que podemos alargar y adaptar según las realidades en las que nos movemos. En la liturgia, a los ocho días de haber celebrado el nacimiento de Jesús volvemos la mirada hacia María, que en los “Evangelios de la infancia” aparece siempre junto al niño. Así la encontraron los pastores (Lc. 2,16) y los magos de oriente (Mt. 2,11). La antigua tradición, reconocida y promulgada en el Concilio de Éfeso (431), se complace en denominarla “Madre de Dios”. Una mucho más reciente tradición, inaugurada por el Papa Pablo VI, consagra el día primero de cada año a la “Jornada mundial por la paz”. Conscientes de las realidades duras y conflictivas en que se desarrolla la vida de la humanidad -podemos pensar en la guerra de Ucrania, en Gaza, más presentes en los medios de comunicación, pero no las únicas; y en los enfrentamientos violentos, ya con elevado costo de vidas humanas- sentimos urgente reflexionar, rezar y actuar por la paz.

El libro de los Números, así llamado porque comienza con una enumeración minuciosa de las tribus que habían salido de Egipto, transmite un modelo de bendición al pueblo, que Yahvé encomienda a Moisés y a Aarón. En la travesía del desierto se implora la bendición y el cuidado de Dios, que su rostro ilumine y acompañe, que conceda la paz. Nuestra humanidad atraviesa el desierto de cada año sin paz y sin que el rostro de Dios ilumine sus proyectos. Es el enriquecimiento creciente de los poderosos –pensemos esta vez en los fabricantes y traficantes de armas y en los Estados que los protegen y respaldan- y la desigualdad entre países y grupos enfrentados, lo que parece, más bien, dominar y dirigir el derrotero de la humanidad. ¡Qué bien nos haría comenzar el año implorando y acogiendo una plegaria de bendición para que la justicia, la paz y la fraternidad se conviertan en objetivos reales y concretos para afrontar el nuevo año!

La liturgia está orientada a la celebración de Santa María Madre de Dios. Conviene entender bien el sentido de dicha advocación. No pretende decir que María sea la engendradora de la Divinidad. La lectura de la carta a los Gálatas lo precisa. “Al llegar la plenitud de los tiempos, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer”. El Hijo –o la Palabra, en el lenguaje del prólogo del cuarto evangelio- preexistía en el misterio eterno de Dios. En el tiempo de nuestra historia acontece algo singular: en alguien de nuestra humanidad -el judío Jesús de Nazaret- el Hijo de Dios se hace presente personalmente, asume una existencia humana, engendrada de una mujer –“nacido de mujer”- e inserta en la historia de un pueblo –“nacido bajo la Ley”. Pablo no menciona el nombre de la mujer, María, pero es claro en toda la tradición que así se llamaba la madre de Jesús.

El texto de Pablo continúa precisando la misión de este Hijo de Dios en su existencia humana: “para rescatar a los que se hallaban bajo la Ley”, en referencia al pueblo judío, y “para que recibiéramos la condición de hijos”, en referencia a la comunidad cristiana y a la humanidad entera. Esta condición de hijos nos permite, guiados por el Espíritu de su Hijo, clamar “Abba, Padre”. Si bien considera un aspecto negativo: rescate o liberación de la Ley, la misión es sumamente positiva: hacernos hijos de Dios y poder llamar a Dios como lo hacía el mismo Jesús: “Abbá, Padre”. Eso constituye el sentido fundamental de la salvación: reconocernos y vivir como “hijos” e “hijas”, tratando y amando a los demás como hermanos y hermanas. Al comenzar el año, y particularmente este año, es urgente preguntarnos si nos sentimos realmente “hijos” y, en consecuencia, somos agentes de fraternidad, la que más allá de algunas frases retóricas, en la realidad social, económica y política está por los suelos.

El texto del evangelio continúa el del día de Navidad. Los pastores van presurosos a Belén y encuentran cumplido el anuncio del ángel: “encontraron a María y a José, y al niño acostado en el pesebre”. Para Lucas parece fundamental la alusión reiterada al “pesebre”: señal inequívoca de la insignificancia de aquella familia y de aquel recién nacido, por otra parte anunciado con tanta algarabía celestial. Pero sobre todo creo que revela la opción clara de Dios por lo pobre y lo pequeño; la salvación de Dios se hace presente y actúa en la humanidad desde lo socialmente insignificante. La madre, María, en su silencio cobra un protagonismo especial. “María, por su parte guardaba todas estas cosas y las meditaba en su corazón”. Permanecerá silenciosa en el resto del evangelio, salvo en el episodio en el Templo cuando el niño tiene ya doce años, siguiendo de cerca el camino de su hijo, quizá sin alcanzar a comprenderlo del todo. Esa actitud contemplativa ante el hijo que crece y hace su camino es manera intensa y respetuosa de vivir su misteriosa maternidad.

El domingo siguiente a Navidad se celebra la fiesta de la Sagrada Familia. El evangelio que se lee está tomado de Lucas (2,22-40) completando lo que se ha leído en Navidad. Jesús nace y sus padres cumplen en él la Ley del Señor, subrayando su pertenencia al pueblo de la Alianza. Presentado en el Templo es ya anticipadamente reconocido por dos ancianos justos, Simón y Ana. Cumplido el rito prescrito, regresa la familia a su tierra de Nazaret, donde “el niño crecía y se fortalecía, llenándose de sabiduría y la gracia de Dios estaba sobre él”. El apunte de Lucas subraya la verdad

humana de Jesús, Como todo niño crece hasta hacerse adulto, no lo sabe ya todo, aprende, va descubriendo a Dios en su vida.

La reflexión personal y comunitaria, el día primero del año, está invitada a considerar la Jornada Mundial por la paz". Cada año se asigna un lema. El de este año es: "Inteligencia artificial y paz". Nos hace reflexionar sobre este proceso de gran envergadura que contribuirá en la configuración y en las relaciones entre los seres humanos -personas y países- y con la naturaleza ya en un futuro próximo. El Papa analiza con profundidad los beneficios, pero también las amenazas que este proceso puede desencadenar. Un ejemplo ya presente -indica Francisco- en la sofisticación y capacidad destructivas de las armas en guerras y conflictos. Insiste en señalar que en el desarrollo y ejercicio de la inteligencia artificial hay que afirmar con fuerza la centralidad humana y ética de la vida y el bien de las personas, especialmente de los pobres y más débiles. Este año lo comenzamos agobiados por la guerra en Ucrania y en Gaza y sus posibles y temidas repercusiones a nivel mundial. Pero siendo las más presentes en los medios de comunicación, no son las únicas. En el Perú lo iniciamos no menos agobiados por el recuerdo de los enfrentamientos y las muertes de compatriotas que se manifestaban reclamando ser oídos y reconocidos como ciudadanos con la misma dignidad y los mismos derechos. Hasta ahora – ¡ha pasado ya todo un año!- nadie asume responsabilidad que haga justicia. La paz es fruto de la justicia, Se necesita diálogo horizontal, sin amenazas, entre iguales, "trazar juntos caminos de paz".

Concluyo con las palabras finales de Francisco: "Mi oración al comienzo del nuevo año es que el rápido desarrollo de formas de inteligencia artificial no aumente las ya numerosas desigualdades e injusticias presentes en el mundo, sino que ayude a poner fin a las guerras y los conflictos, y a aliviar tantas formas de sufrimiento que afectan a la familia humana. Que los fieles cristianos, los creyentes de distintas religiones y los hombres y mujeres de buena voluntad puedan colaborar en armonía para aprovechar las oportunidades y afrontar los desafíos que plantea la revolución digital, y dejar a las generaciones futuras un mundo más solidario, justo y pacífico."!

Les deseo un Feliz 2024